

Mercurita y sus amigas: Primeros capítulos



Capítulo 1: Empieza el 4º curso

Es el mes de septiembre de 2.169. Han empezado las clases en la escuela de hadas “El Roble Dorado” un poco antes de lo habitual, debido a una orden de Denka III, la reina de Lamokia. En su reino está dicho centro. Su majestad cuenta con las hadas para defender su territorio de amenazas enemigas. La más cercana es el decaído “Imperio del Norte” que se dividió, debido a crisis económicas y las disputas de los gobernadores, herederos y generales. Lamokia formó parte de dicho imperio, que está mostrando síntomas de recuperación.

En el patio de la escuela, una niña de nueve años, con el pelo largo y morena organiza a las nuevas alumnas. Es inquieta, charlatana y dicharachera. Se llama “Sania Taimoin” pero su nombre de hada es “Mercurita”.

Ella no nació en Lamokia y tiene mucha soltura para su corta edad. No quiere que cuenten con ella para efectuar tareas bélicas. En teoría, las hadas tienen como misión hacer el bien a los demás. Y eso es lo que ella quiere, pero su región, Neuria,

situada más al sur de Lamokia tiene preferencia.

La llaman “El hada loitina” o “La bruja loitina” debido a su fugaz padre, perteneciente a esa tribu de saqueadores, que tras atacar la región y vivir temporalmente con su madre, se fue. Ella sabe muy poco de él y lo aborrece. La cara de la hadita conserva algunos rasgos loitinos, así como el tono bronceado de su piel. Incluso su inquieta personalidad es achacada a sus orígenes. Su abuela, Amara, no quiere ni verla y reniega de ella. Su reservada madre, Línan, no se atreve a contrariarla.

Con voz campechana e iniciativa propia, Mercurita llama a las niñas recién incorporadas. Algunas de ellas ya la conocen de vista y les inspira confianza.

—Las burritas del primer curso, que vayan rebuznando y al trote hacia ese rincón, tal y como deben hacer las nuevas. Poneos en fila, y caminad cuando yo diga ¡Ya!

Con paso alegre y divertido, las pequeñas obedecen con entusiasmo. Fando Tesán, el jefe de estudios, administrador y profesor de matemáticas, la llama por señas.

—¡Tú, no tienes vergüenza! ¿Eh?

—Huy, por Dios, Fando, qué serio te pones. Si es solo un juego. Las pequeñas se han reído y se lo han tomado con humor ¿Quieres que rebuzne y trote yo también, para dar ejemplo?

—¡Anda, cállate y ve a la fila con tus compañeras, antes de que me pongas de peor humor y te castigue!

—¡Vale, vale. Ya voy! Sin embargo, estoy segura de que en realidad no eres tan severo. Lo aparentas para poner orden.

—¡Vete ya con las alumnas de una vez, y no me cuentes tonterías! Dijo el administrador, muy serio.

Mercurita no se hizo de rogar más, y andando al trote y rebuznando, se fue con las niñas de su clase. Fando sonrió. Ella tenía razón, no era tan duro. Pero qué duda cabe de que si la cogía haciendo alguna travesura, la castigaría. Y no pocas veces la pilló, durante el curso pasado. Del alto y barbudo Fando se decía que años atrás fue un caballero, que por motivos desconocidos dejó su armadura y se dedicó a la enseñanza. El alumnado le llama “El Lobo Feroz” por su aspecto imponente y el miedo que solía despertar cuando cogía a alguien haciendo

travesuras. Hasta la desvergonzada Mercurita le tiene gran respeto.

Tras entrar en la clase, “Aria”, una profesora de dibujo, pasa lista. La tutora “Jantia Berek” se encuentra aún hablando con la directora, que le está dando instrucciones acerca de los temas a enseñar a las alumnas.

—¡Vaya! Falta una niña ¿Se habrá perdido por la escuela o es que no ha venido? A ver, Mercurita. Tú, que tienes más soltura, ve a buscarla. Si no la encuentras, díselo a las alumnas mayores que están de guardia, para que vuelen por la zona y avisen si está en camino.

—De acuerdo. Oye ¿Cómo se llama la alumna?

—Polikarpia Enkaro.

—¡Dios, vaya nombrecito! A ver si por eso, el portero no la ha dejado entrar. Dijo Mercurita, bromeando.

Al primer lugar que se le ocurrió buscarla, fue a los servicios. Allí encontró al gruñón portero “Herdo” haciendo limpieza.

—Hola, se nos ha perdido una niña, y pensé...

—¿Y a mí, qué? ¡No la he visto! ¡Ahora, piérdete, tú!

Esos malos modales no eran nuevos para la joven aprendiz. La fama de grosero de Herdo era totalmente justificada. Aborrecía a Mercurita y estaba harto de sus travesuras.

Cansada de buscar, se dirigió a la zona de las mayores. Pero siguiendo su costumbre, en vez de entrar por la puerta, se asomó por la tapia. Desde lo alto, vio a varias adolescentes en el patio, reunidas en torno a una niña vestida de paisano. Esta parecía encontrarse muy nerviosa. Era Polikarpia, la alumna que andaba buscando. Tenía el pelo rubio con la cara muy blanca. Aparentaba ser una niña delicada y angelical; pero en cuanto abría la boca, sus modales camperos provocaban la risa de las alumnas de edad adolescente o “mayores”, que vestían uniforme amarillo. Las niñas lo usaban de color celeste con lentejuelas de color turquesa cuando era invierno. Y de color celeste turquesa y mangas cortas, sin lentejuelas, en verano.

Una tal Toria, a la que llamaban “Ricitos de Oro”, se burlaba, ruidosamente, de la alumna perdida, a la que faltaba

muy poco para echarse a llorar.

—¡Ja, ja, ja! Venga, hablemos. Repite tu nombre. Oye, me gusta tu forma de expresarte.

—Ya te lo he dicho. Me llamo Polikarpia ¿Me quieres dejar en paz, de una vez?

La burlona Toria abrió la boca para reírse de nuevo. Pero en cuanto miró al frente, vio una bolsa de agua sucia, dirigirse hacia su cara ¡Demasiado tarde para evitar el impacto!

El choque fue directo. La autora fue la sonriente Mercurita.

—¡Ja, ja, ja! Esta te la debía del curso pasado, por insultar a las alumnas que venimos del sur. Así que, no se te ocurra quejarte, racista repelente. Estamos en paz.

La delegada, Titania, se acercó para poner orden.

—¡Te estás pasando con tus bromas, Mercurita!

—¡Mira, quién fue a hablar! ¡La delegada justiciera, leal y perfecta, y ejemplo a seguir de la escuela! Esta niña lleva un buen rato perdida, y en vez de ayudarla, aplaudes las burlas de tus compañeras. Vamos a ver si por vuestra culpa, la van a castigar por llegar tarde.

—Venía, precisamente, a enseñarle el camino. No puedo estar en todas partes a la vez.

Mientras las compañeras sujetaban a la furiosa Toria, la traviesa hada, hacía su presentación a la alumna nueva.

—Me llamo Mercurita. Soy de tu clase. Menos mal que estás entera. La próxima vez procura no confundirte de patio, porque te puedes llevar una coz o una cornada. Dijo, señalando a su rival.

La irritada rubia consiguió zafarse, y se puso a agredir a la traviesa alumna. Esta la mordió con fuerza, y se negaba a soltarla, pese a los golpes que le propinaba Toria.

—¡Basta! ¿Queréis estaros quietas? ¡Sois como fieras! Dijo Titania, intentado poner orden.

En ese momento llegó Fando, y finalizó la disputa. Mercurita tenía un ojo morado. Toria, un llamativo “reloj” en el brazo derecho. Al verlo, se quedó mirando con rabia a la traviesa hada.

—Que sea esta la última vez que os peleáis. El año pasado

ocurrió lo mismo. Este va a ser distinto. A la siguiente pelea os pongo en la calle para siempre ¿Me habéis entendido? ¿O lo repito de nuevo? Dijo el enojado Fando.

—¡Un momento! Yo vine en busca de mi nueva compañera. La encontré apurada y salí en su defensa. Pienso que actué, correctamente.

—¡Te equivocas por completo! ¿A qué viene eso de tomarse la justicia por tu propia mano? A la próxima disputa me avisas a mí. Y esa fea costumbre de saltar la tapia, se te va a acabar también.

—Entre las mayores también tengo amigas como Salamba y Amelia, entre muchas otras. Tengo que visitarlas, de vez en cuando, para no perder la amistad.

—Si quieres verlas, entra por la puerta, pero ni se te ocurra saltar. El castigo es la expulsión. Este curso te vas a enterar de lo que es bueno. Haré como si no hubiera pasado nada por ser el primer día. Anda, id a vuestras clases.

Mercurita ayudó a su compañera, a llevar el equipaje. Esta le dio las gracias pero lamentó el estado de su ojo. Mercurita restó importancia al detalle.

—Pero ¿Qué dices? Ha sido un gran honor para mí, defenderte de esa engreída de “Ricitos de Oro”. Exclamó con voz alegre.

—¿En serio? Dijo la sorprendida alumna.

—¡Eso es! Este hermoso moretón lo llevaré con orgullo como recuerdo de la pelea. La delicada Toria no puede decir lo mismo de mi mordisco ¡Je, je, je!

—Disculpa, pero ¿Eres del campo? Yo, sí. Nací en Sikan, al nordeste de Lamokia. Preguntó Polikarpia.

—No está permitido contar la situación personal de los alumnos, pero tú pareces buena persona. Exacto, lo soy. Nací en Aikori, al sur de Neuria ¿Cómo sabes que me crié en ese entorno tan encantador?

—Tengo una gran intuición que me hace presentir muchas cosas. Además, esa enérgica personalidad que tienes, no es típica de las señoritas de ciudad.

—¡Ja, ja, ja! Es cierto. Ahí tienes a Toria como ejemplo de

“señorita mimada y patosa, típica de una ciudad”.

—Sí, eso parece. Oye, perdona mi curiosidad, pero ¿Cómo te dio por estudiar para ser un hada?

—De pura casualidad. Cuando tenía cinco años quise ayudar a una conocida llamada “Florenia” a pasar una prueba de magia. Tenía que elevar un vaso. Como el bastón del mago pesaba mucho, la ayudé a sostenerlo. Entonces vino su hermana a ayudarnos, y tras varios intentos, se elevó. Sin embargo, noté unas cosquillas que me indujeron a pensar que ese vaso no lo habían levantado Florenia ni su hermana, sino yo. Hice la prueba usando un lápiz como varita, y quedó confirmado.

—¡Interesante! Imagino que entonces decidiste ser un hada.

—¡Exacto! No tuve ninguna duda. Me gusta ayudar a los demás, y con ayuda de la magia, lo haré mejor. Así que te llamas Polikarpia. Mi nombre real es “Sania Taimoin”. Pero dime ¿Qué nombre mágico usarás?

—El mismo que tengo. Digan lo que digan los demás, mi nombre es bonito.

—Sí, pero es un poco largo ¿Qué tal si lo recortas y lo dejas en “Poly”? Los nombres cortos se recuerdan mucho mejor. A mí, para abreviar, me llaman “Mercurio”.

La nueva alumna se puso a pensar durante unos segundos.

—Sí, eso es cierto. Tienes razón. Me haré llamar así. Los nombres abreviados son más populares. A pesar de eso, mis padres me llaman “Polikarpita”.

—Bienvenida a la escuela, Poly.

Capítulo 2: La nueva profesora

Cuando entraron en la clase, la tutora ya había llegado. Jantia Berek no parecía tener más de veinticinco años. Era morena y algo delgada. Al ver entrar a las dos haditas, exclamó, llena de ira:

—¿Qué hora es ésta de venir a clase?

La traviesa niña le explicó lo que había ocurrido. Jantia

reprochó a Senya, la delegada, de que no la hubiera informado. Sin abandonar su seriedad, las mandó a sentarse, por señas, en los asientos que quedaban libres.

—¿Es la primera vez que entras en una escuela? Preguntó a la recién llegada, Poly.

—Sí, así es. Mis padres no podían...

—¡Con que digas, sí o no, es bastante! ¡No me hagas perder el tiempo, contándome tu vida! Dijo Jantia, molesta por la forma de hablar de la nueva alumna.

La tutora procedió a sentarse. Tras ojear la lista, exclamó:

—De treinta y dos alumnas que hay en esta clase, hay doce que nunca han ido a la escuela. Hay que enseñarles a leer, y eso hará que muchas de las cosas que quería explicaros, no os las pueda enseñar por falta de tiempo.

Esa noticia sentó mal a las alumnas veteranas. Alky, “la empollona”, preguntó si no podían incluirse a las nuevas con las alumnas de segundo o tercer curso.

—Me temo que no. Son cosas de la reina, Denka III. En su prisa por tener un ejército de hadas, no ha tenido en cuenta éste inconveniente. Quiere que las alumnas estén clasificadas por la edad, en vez de por su nivel. Vais a tener que ayudarme a enseñarlas.

—Lo que nos faltaba. Nosotras ejerciendo de niñeras, con la de cosas que tenemos que aprender. Dijo una alumna.

Poly miró a Mercurita, dándole a entender que contaba con ella para que la enseñara a leer. Curiosamente, a la traviesa hada no le sentó mal, como a muchas de sus compañeras.

Cuando llegó la hora del recreo, Mercurita se dispuso a subir la tapia que la separaba de las mayores con un globo de agua en la mano. Sus intenciones eran evidentes.

—No lo hagas, por favor. Acuérdate de lo que te dijo el jefe de estudios esta mañana.

Mercurita volvió la cara. Al ver a Poly, dijo:

—¡Ah, eres tú! Tranquila, siempre dice lo mismo. Dijo, haciendo un gesto despectivo.

—Hazme caso. Te va a expulsar.

—¿Quieres callarte? Me estás poniendo nerviosa ¡Ah! Ahí

está Toria. Pero...

Mercurita se dio cuenta de que su rival la estaba esperando. Una bolsa de agua la alcanzó en la cara, antes de que pudiera echarse atrás y bajarse.

—¿Estás contenta? Por tu culpa me han visto. Han avisado a Toria, y esta ha sido más rápida que yo. Dijo, mientras se bajaba con mal humor.

Desde el otro lado se escuchaban las ruidosas risotadas de las mayores, que desafiaban a Mercurita a intentarlo de nuevo. Fando, al verla tan mojada, le preguntó:

—¿Esa agua no será lo que me estoy imaginando? Porque de ser así, te quedarás castigada este sábado.

—No pasa nada, es que me he caído mientras bebía. Dijo, intentando ocultar su rabia por el entrometimiento de Poly.

—Eso espero ¡Ah! Te advierto que a partir de ahora, todo aquel que use la magia para hacer travesuras, se arriesga a ser expulsado de la escuela, de inmediato. Eso depende de lo travieso que sea. En cualquier caso, si no se le expulsa a la primera, será a la segunda. Así que, ya sabes a lo que atenerte. Ordenes de la reina. Dijo Fando con severidad.

Poly le preguntó a su amiga, qué clase de castigo tenían que hacer los sábados, y si agredían a los alumnos.

—No suelen agredir, a menos que el alumno sea demasiado patoso. Los sábados, los castigados tienen que hacer trabajos de mantenimiento en la escuela, como limpiar cristales y paredes o ayudar en la cocina. A veces también nos llevan a ayudar en la casa de algún profesor, siempre y cuando no sobrepasemos el horario de castigo, que es hasta la hora de comer. Fando ha amenazado con llevarme algún día a limpiar su establo.

—¿Y qué hacéis cuando la escuela está en orden?

—Eso no es muy frecuente, porque casi siempre hay algo que hacer. Cuando eso sucede o terminamos pronto, nos llevan a un aula y nos atiborran de ejercicios durante toda la mañana, y por supuesto, no tenemos derecho a recreo, a menos que el profesor de guardia estime que nos hemos portado bien.

—¡Qué agobio!

—No tanto. Casi siempre somos los mismos, y nos

llevamos estupendamente. Además, los profesores flaquean más que nosotros, excepto Fando y pocos más, que no se mueven de sus asientos hasta que sea la hora. Los demás, con frecuencia, no pueden evitar salir de la clase para darse una vuelta o tomar algo y dejarnos solos. Cuando eso ocurre, nos gastamos bromas y hacemos guerrillas de papeles y tizas. Cuando el “profe” regresa, se pone como una fiera, al escuchar por el pasillo el griterío y ver el suelo lleno de objetos que atestiguan la celebración de un enfrentamiento entre los alumnos ¡Je, je, je!

—¿Estáis todos en la misma clase, o por la edad?

—Todos estamos juntos. A los profes les basta con ponernos ejercicios, según nuestro nivel. Los hados son los más golfos. Sobre todo, los adolescentes. Hay uno, cuyo nombre mágico es “Acuario”, al que llaman “Cabezón” con el que siempre me estoy peleando. Le gusta hacerse el serio, pero es buena persona. Lo castigan con frecuencia por hacer guerrillas en clase y pelearse en el recreo. Parece que su vozarrón severo es inconfundible. Su pelo rubio claro y su cabezota llama mucho la atención a lo lejos cuando se pelea en el patio con los demás. Con esas referencias, los profesores lo reconocen en seguida. Raro es el sábado que no está castigado ¡Je, je, je!

—¿A Toria la castigan también?

—Pocas; pero la mayoría de las veces, es cuando la ven pelearse conmigo. Esa, más que peleona, tiene mala lengua.

—O sea, que por lo que me cuentas, te lo pasas en grande. En vez de quedarte el sábado en tu habitación, pensativa, o dando vueltas por la calle, te quedas con el pelotón de los castigados y te lo pasas mejor.

—Pues sí, Poly. Lo malo es que no estás haciendo lo que te gustaría hacer, pero tienes razón.

En la clase, Mercurita se sentaba en el primer asiento del rincón de la izquierda, casi siempre, sola. Tras el recreo, vio a dos alumnas nuevas, sentadas allí. Entonces les dijo, mirándolas amenazadoramente, como una loba:

—Este es mi sitio. Y el otro, también.

Las asustadas chiquillas se fueron hacia otro lado, mientras la sonriente Mercurita se sentaba, poniendo el pie encima del

asiento libre. Entonces, Poly cogió sus cosas, las colocó encima del pupitre desocupado, retiró el pie de su compañera y se sentó.

Antes de que la asombrada alumna pudiera decir palabra, le dijo en tono de agradecimiento:

—Gracias por guardarme un asiento al lado tuyo.

Mercurita no supo qué decir. Le gustaba sentarse sola, pero no veía correcto echar a su nueva amiga.

Con el paso del tiempo, Polikarpia resultó ser una incómoda compañera. No sabía leer ni escribir, no entendía muchas cosas, y pedía a Mercurita que se las explicara. Lo peor de todo, era que no la dejaba hacer travesuras durante el recreo.

Un día se cruzó con Fando y se quejó de ella.

—La pegajosa de Poly... ¡Es una pesada! “Mercu, no hagas esto, no hagas lo otro. Esto no sé cómo se hace”, etc. ¿Le habéis dicho tú o la directora, que me controle? Con esa chivata de Senya ya tengo bastante.

El administrador sonrió con alegría. Acababa de descubrir que Poly era el tipo de compañera que la traviesa alumna necesitaba.

—No ha sido idea de ninguno de los dos. Simplemente, quiere ser tu amiga. Así que deja de ser tan egoísta, y haz lo que ella te dice.

—¿Estás bromeando? Como le haga mucho caso, me moriré de aburrimiento.

—¿Cuántas amigas tienes en este colegio? No digo compañeras de juego y de travesuras, sino amigas de verdad.

Mercurita calló, pensativa. A lo lejos venía Poly con una niña pequeña.

—¡Mercu, enséñale a Héhora como se hace el hechizo ese de los globos de colores, y de camino, aprenderlo yo!

El hada se quedó, mirándolas, sin saber qué hacer.

—Tus amigas te esperan ¿Vas a quedarte adormilada durante mucho tiempo?

—No. Supongo que no. Dijo el hada, llena de resignación.

—Eso está bien. Anda, enséñales a hacer cosas divertidas. No vayas a enseñarles hechizos de globos de agua, de polvos de estornudar u otras gamberradas por el estilo, que te conozco. Te

recuerdo que las travesuras mágicas pueden ser un motivo de expulsión ¿Entendio?

—Vale, vale. Lo tengo en cuenta, aunque desconozco, qué tiene que ver el gamberrismo conmigo. Decir que soy una gamberra, es como decir que la sal y el azúcar son parientes. En fin...Dijo Mercurita, fingiendo confusión.

Fando se echó a reír, y le dio una palmadita amistosa en el hombro.

La pequeña Héborá la admiraba y estaba deseando aprender hechizos para gastarles bromas a las compañeras. La intuitiva Poly, dijo:

—Esta niña va a ser tu sustituta cuando te vayas de la escuela. Ya lo verás.

—¿Mi sustituta? Es decir, que ella y yo, vamos a ser unas hadas muy listas ¿No es así?

—No. Quiero decir que va a ser tan traviesa como tú...o más aún. Dijo, mientras se reía.

A Mercurita no le gustaba que la recordasen por sus travesuras, sino por ser una buena compañera. Por eso, puso mala cara. Para cambiar de conversación, Poly le contó detalles de su vida.

—Yo soy del norte de Lamokia, nací cerca de Orian. Allí hace mucho frío. Algunas veces adivinaba cosas y los vecinos se asustaban. Cuando vimos esos carteles animando a los niños a buscar un futuro en la carrera de la magia, mis padres me trajeron aquí, para alivio de mis paisanos.

—¿Y qué cosas adivinabas?

—De todo un poco. Pero a veces, mis verdades eran muy incómodas. Me acuerdo de aquel angustiado molinero que no encontraba a su mujer. Tuve un presagio y le dije:

—No te preocupes, está en el establo de tu vecino, Pakol.

—¿Y acertaste?

—Sí, pero mi presagio no me dijo que le era infiel a su esposo. Cuando la encontré, le dio tal paliza, que por poco la mata. Pakol se siente amenazado desde entonces, y tanto ella como él, viven asustados y me culpan de su incómoda situación. De haberlo sabido, no habría dicho nada. Yo solo quiero hacer el

bien a los demás.

Un día, Jantia sacó a Poly a leer. Esta, aún leía mal. Tras un par de minutos de torpe lectura, la profesora se enfadó.

—¿Qué demonios haces? ¿Es que te estás burlando de mí?

—Señorita, le juro que no.

Jantia dio un puñetazo en la mesa, interrumpiéndola.

—¡Déjate de jurar en falso, y haz el favor de leer bien!

Poly se asustó y se puso a llorar. La dura profesora perdió la paciencia.

—¡Basta de lloriqueo!

Mercurita también se estaba poniendo nerviosa.

—Jantia, por favor, déjala en paz. Ella hace lo que puede.

—¡No la dejes! ¡Hazme el favor de callarte o te castigaré por entrometerte!

A continuación se levantó, y dijo a la torpe alumna en tono de amenaza:

—¡Empieza de nuevo! ¡Pobre de ti, como te equivoques!

Poly, llena de angustia, se abrazó a Mercurita. Ese detalle volvió a irritar a la profesora.

—¡Anda, mira qué bien! ¿Sois lesbianas? ¡Suéltala ya! ¡De aquí, no vas a salir, hasta que leas, correctamente!

Mercurita se levantó, furiosa, de su asiento. Cogió de la mano a su amiga y dijo:

—¡Nos tratas muy mal, así que vamos a decírselo, ahora mismo, a la directora!

Esa reacción cogió desprevenida a Jantia.

—Un momento... ¡Venid aquí las dos!

Poly, indecisa, hacía el ademán de dar marcha atrás, pero su compañera tiró con fuerza de ella. Por el pasillo iban juntas. La profesora las seguía detrás, no sabiendo si permanecer en clase con las alumnas o tratar de impedir que fueran a ver a Casia Danieli, la directora del centro.

En ese instante pasó el profesor de historia “Vemio Lingon”, que al ver a las dos haditas comprendió que algo andaba mal. Le preguntó a la traviesa niña lo que pasaba, y tras escucharla, las mandó de vuelta a la clase. Luego llamó a Jantia.

—No os preocupéis, niñas, todo se arreglará. Dejadme

hablar primero con vuestra profesora, antes de contárselo a Casia. Dijo, mientras acariciaba la triste carita de Poly.

Vemio le dijo con buenas palabras a Jantia, que sus métodos no eran los correctos. Una escuela de hadas no era un centro penitenciario. Debía usar mucho el tacto y la paciencia en sus enseñanzas y olvidarse de la mano dura, a menos que fuera realmente necesaria. La conversación duró diez minutos. Pasados los cuales, una sonriente tutora, entró de nuevo en clase.

—Bueno, niñas, no pasa nada. Disculpad si he sido brusca, pero de alguna manera me informé mal de cómo debía llevar vuestra educación. Dijo, mirando sobre todo, a la apenada Poly. Al ver que no decía nada, Mercurita le dijo en voz baja:

—¿Lo ves? Admite su culpa. Eso no es frecuente en los profesores. Creo que Jantia es una novata que se equivocó de método, pero es buena persona.

Sin embargo, su compañera no pensaba igual.

—Es que si no la admite, la echan. Desde el momento en que la vi, me cayó mal. Ahora veo que además de violenta es una hipócrita. No sé, qué es peor.

Mercurita se echó a reír.

—Venga ya, Poly. No seas rencorosa.

—A mí, no me engaña. Ha perdido los nervios, nos ha insultado, y le ha faltado muy poco para pegarnos. Esa mujer es la peor clase de persona con la que te puedas tropezar.

—Admítelo. Todos perdemos los nervios de vez en cuando. Dentro de una semana, no pensarás tan mal de ella.

La hadita rubia no quiso seguir hablando más del asunto, y dijo, no muy convencida:

—Ojalá, Mercu, ojalá. Gracias por tu apoyo.

Mientras tanto, la directora medita con tristeza las palabras que la reina, “Denka Jerán”, le dijo poco antes de empezar el curso. Había viajado de incógnito con ella, el verano pasado. Ambas fueron invitadas por el barón Amaxo de Neuria a visitar una colonia formada por presos y prisioneros. Las dos mujeres se quedaron sorprendidas al ver a Mercurita allí, con su uniforme de hada de color celeste turquesa, bromeando y

trabajando con las otras hadas, que vestían de rosa y blanco. Pero si bien Casia sintió alegría, la reina no sintió lo mismo. Cuando estuvieron solas, no pudo contenerse.

—¡Casia! ¿Qué hace esa alumna suya, fuera de su escuela de hadas? Debería estar de vacaciones con su familia o en el Roble Dorado, si es una interna.

—Alteza, con el debido respeto, no me parece mala idea que haya elegido venir aquí para ayudar a los demás.

—¿Y por qué no está haciendo lo mismo, pero en mi reino?

—Según me han dicho, su objetivo principal era visitar a una amiga suya. Al verla trabajar en esta colonia se sintió conmovida y quiso quedarse a ayudar.

Pero a la reina no le bastaron esas palabras.

—¿Conmovida? Mírela, ahí la tiene, gastándole bromas a las demás, insultándolas, diciendo palabrotas, y dejándonos en mal lugar. El barón Amaxo me puso en un aprieto cuando preguntó si todas las alumnas de Lamokia eran tan aguerridas como ella ¡No supe qué contestarle, por culpa de la vergüenza que pasé!

—Alteza, cálmese, por favor. Amaxo solo bromeaba. Es normal que los alumnos hagan travesuras. Eso es muy frecuente. Además, Mercurita es hija única y solo tiene a su madre, que vive con su abuela. Y esta última no quiere ni verla. Al parecer, nació porque su madre fue víctima de una mala relación por parte de un guerrero loitino.

Al oír esas palabras, Denka mira a Casia con cara de asco.

—Así que esa niña es hija ilegítima de un salvaje. Eso hace que mi indignación aumente.

Mirando a los ojos a Casia, la reina, exclamó:

—No quiero ver a esa niña estudiando en mi reino. Expúlsela. Ya ha abusado bastante de mi generosidad.

—Entonces... ¿Le digo que no está admitida en la escuela?

—No, admítala. Pero antes de que el curso acabe, deberá encontrar una razón para expulsarla. Si no la admite, podrá seguir estudiando en otra escuela de Tierra Yrena. Pero al expulsarla, podré anularle todo lo que ha estudiado y no le quedará más remedio que empezar desde el primer curso en otra

escuela mágica o abandonar su carrera. Eso le enseñará a esa niña salvaje a no dejarnos en mal lugar, sobre todo, delante de un barón y una reina. Eso, sin contar con los demás nobles, entre los que estaba el hijo del conde de Varana ¡Creo que ya está bien de financiar sus estudios a alumnos gamberros!

Casia estaba llena de asombro.

—¿Lo dice en serio? Con el debido respeto, no creo que sea para tomárselo de esa manera.

—Pues yo creo que sí. Por lo tanto, deberá hallar la excusa apropiada para echarla. Si no la encontrase, deberá usar la cabeza y exagerar los hechos. De todas maneras, no se preocupe. Buscaré a gente de confianza en la escuela para que la ayuden en su labor.

Casia no dijo nada más. Pensó que con el tiempo se le pasaría el enfado a Denka y olvidaría lo sucedido.

En el momento presente acababa de recibir una carta, que confirmaba que la rencorosa soberana no había olvidado el asunto. Uno de sus hombres no tardaría en llegar. Este reuniría a las alumnas mayores para solicitar su colaboración. También le mandó dinero a Casia para que fuera más decidida. Cuando le contó el suceso a Fando, este no se lo podía creer.

—Directora, eso que me dice, es una absoluta injusticia. No creo que Mercurita se haya ganado el odio de la reina por un motivo tan absurdo. Los nobles están acostumbrados a ver de todo, y lo más probable es que a los pocos días ni se acuerden del suceso.

—La reina no opina lo mismo. Tengo el deber de informarle, que le pedirá que colabore. La recompensa será generosa.

Fando respondió con frialdad.

—Si por culpa del dinero voy a perder el honor y la honra ¿Para qué lo necesito? Dígale a su majestad que no cuente con mi ayuda para ese asunto.

—Haga lo que le parezca, Fando. Pero muy pronto vendrá un enviado de palacio a hablarles a las alumnas mayores para pedirles que colaboren a la expulsión de Mercurita.

—¿Ah, sí? Ese funcionario va a saber lo que opino.

También advertiré a las alumnas que si las veo desafiar a Mercurita para provocar su expulsión, serán castigadas. Usted tiene la obligación de hacer lo mismo, si cree en la justicia.

Dicho eso, el administrador abandonó el despacho de la indecisa Casia y se fue a dar clases de matemáticas a sus alumnas.

Capítulo 3: Noticias externas

Mercurita recibía de vez en cuando cartas de su madre. Al leerlas parecía que se llevaban bien, y que su abuela la estuviera esperando con los brazos abiertos. Como si no hubiera sido ella, la que prácticamente la puso en la calle. Indignada, no pudo evitar contarle a Poly su situación. Para sorpresa suya, le dijo:

—Mercuri, tu abuela no hizo bien al echarte de su casa, pero piensa que tu madre jamás habría permitido que te fueras a estudiar. Te quiere demasiado.

—¿Que me quiere demasiado? No hizo nada para evitar que me echara. Dijo de mal humor.

—No la odies por eso. Te garantizo que si tu abuela hubiese querido venderte como a una esclava, tu madre jamás se lo habría consentido.

—¡Pero permitió que me separara de su lado!

—Porque entendió que era necesario para que fueras un hada. Compréndelo.

La opinión de Poly puso de mal humor a Mercurita, pero al mismo tiempo, la hizo dudar de sí misma.

—Entonces ¿Crees que hago mal, odiando a mi madre y a la tirana de mi abuela?

—No odies a ninguna de las dos. Disculpa, pero tu abuela es una enferma obsesiva, a juzgar por lo que me cuentas. Tu madre os quiere a las dos, pero le resulta imposible querer a una sin darle la espalda a la otra. La compadezco. No me gustaría verme en una situación así.

Mercurita se puso a reflexionar.

—Bueno... tal vez por Navidad, les haga una visita.

—No se te olvide dejarles dinero. Me parece que les hace falta. Es un fuerte presentimiento que tengo.

De la escuela de hadas “El Barrizal” recibió una carta. Era de su buena amiga Teiran, que le confirmaba que ese verano no estaría en la escuela porque quería hacer unos cursos intensivos para mejorar sus conocimientos en otra escuela distinta. Mercurita no la encontraría durante las vacaciones cuando visitara Neuria. Otra vez sería.

Una buena noticia de tipo militar fue recibida con alegría en Lamokia. Un ejército rebelde había derrotado a las fuerzas del “Imperio del Norte” en la región de Orian. Pero Poly, que conocía bien ese entorno, no era tan optimista.

—No entiendo a qué viene esa alegría. Los rebeldes están al mando de Lord Arvan, llamado también “Lord Plumbio” por el color gris plomo de una de las armaduras que suele llevar. Dicen que parece hecha con escamas de dragón. Arvan es hijo ilegítimo del fallecido emperador Otak III, por lo que es aspirante al trono del Imperio del Norte. Cuando caiga Otak IV, gobernará él. No veo mucha diferencia entre ambos bandos.

—Creo que al contrario que Otak IV, Arvan se comprometió a respetar la soberanía de Lamokia ¿No?

Poly hizo un gesto de asco.

—Los ambiciosos, rara vez respetan sus compromisos. Simplemente, aplazan su incumplimiento. Lo único que tiene de buena la noticia, es que el Norte está más debilitado. Pero esa victoria hará más grande al ejército del ambicioso Arvan. En las regiones del norte solo se es leal al más fuerte o al que paga mejor. No existe esa unión que tenéis en el sur. No tenemos de vecinos a esas tribus loitinas de extrañas costumbres que hacen que los pueblos se unan entre sí, para protegerse mutuamente. Somos todos contra todos. Hermanos contra hermanos.

La amistad entre Poly y Mercurita parece ir por buen camino. Pero un día, en el comedor, tiene lugar un suceso desagradable, que la enturbia, considerablemente.

A ambas les encanta comer flanes de postre, pero la traviesa hada no tiene ganas de levantarse e ir a por el suyo. Al ver a Poly de pie, le pide que le traiga uno. Ella accede. Pero

tropieza con una mesa y se le cae al suelo.

—Mercurita, lo siento. La cocinera dice que no hay más. Si quieres, te doy la mitad de mi flan.

Pero la traviesa hada no está conforme.

—Deberías dármelo entero. Suéltalo, que ese es el mío.

—Haberte levantado tú. Bastante hice con traértelo. El que está en el suelo es el tuyo. Si lo quieres, cógelo, antes de que lo pisen. Dice Poly, molesta.

Entonces se ponen a discutir. La profesora de guardia quiere saber lo que pasa. La enfadada Mercurita le cuenta su versión de los hechos de forma insultante.

—Le pedí a esa estúpida que me trajera un flan, y se le cayó. Por lo tanto, el que tiene en su plato, es el mío.

—¿Ah, sí? Iba a darte la razón, pero al insultar a tu compañera, ya no la llevas. El postre es para Poly.

Eso hizo que la relación entre ambas fuera tensa, hasta tal punto de que la rubita no tuvo más remedio que cambiarse de asiento en la clase.

—Estupendo. Ya me libré de ésta burrita. Dijo la traviesa hada para enfurecerla.

Pero el cambio fue solo temporal. Dos días más tarde, Poly creyó que a su compañera ya se le habría pasado el enfado. Pero no fue así.

—¿Otra vez aquí, burrita? Oye, esto es una clase, no un establo. No deberías estar a mi lado.

—¿Cuándo dejarás de portarte como una tonta? Dijo la irritada alumna.

Mercurita no dijo nada. Poly se levantó para cambiarse de sitio de nuevo. Jantia le dijo que se dejara de tanto cambio y se quedara donde fuera, de una vez por todas. Temiendo perder la amistad, decidió seguir a su lado. Mercurita se enfadó.

—¿Pero no te ibas? Vete ya, y déjame tranquila.

En el recreo procuraban no verse. Y si por casualidad coincidían, se soltaban frases hirientes. A la pequeña Héctora le resultaba incómoda esa situación y les pedía que hicieran las paces. Pero ambas culpaban a la otra de la discordia.

Un día les dieron las vacaciones de Navidad. Mercurita

partió con tristeza a visitar a su madre. No le gustaba llevarse mal con Poly. Esperaba de ella una disculpa más sincera que la que le dio en el comedor. De todas formas pensaba que las vacaciones le sentarían bien y la ayudarían a superar las fricciones entre ambas. Lo que más le dolía, era que Jantia la llamara “lesbiana” por abrazar a su amiga y consolarla. Ese comentario le pareció fuera de lugar e inadecuado. Se esforzaba por no recordarlo. A pesar de eso, apreciaba a su tutora.

Cuando se puso a volar para ir a Neuria, se cruzó con su amiga Salamba, que también era del sur. La alcanzó y le dijo:

—Hola ¿También vas a ver a tu familia?

—Hola, Mercu. Sí, así es.

—A ver lo que me encuentro cuando llegue. Por cierto ¿Ya no vas a vender en el mercadillo de los domingos?

—Aún, no. Tal vez, cuando llegue la primavera. De todas formas ese miserable recaudador me dejó un mal recuerdo.

—Si se pone pesado, solo tienes que decirle que eres alumna de Fando y te respetará.

Ese comentario hizo sonreír a la adolescente.

—Qué raro. Pensé que te ofrecerías como mi guardaespaldas. Me has decepcionado, Mercu ¡Je, je, je, je!

—Ya me gustaría. Pero éste año me tienen controladísima, y no quieren dejarme pasar ni una. Poly presiente que es porque la reina está enfadada conmigo. Se tomó a mal verme bromear delante de los nobles con las hadas amigas que hice en El Barrizal. Según parece, sintió mucha vergüenza al verme así, y piensa que la he dejado en mal lugar.

—¡Qué exagerada! Muchas veces me pregunto qué es lo que tienen los gobernantes en la cabeza. Poly es la rubita, amiga tuya ¿No? Algunas veces la veo desde lejos, jugando contigo.

—Sí, pero llevo un par de semanas peleada con ella. Poly tiene la facultad de presentir muchas cosas. Cuando le cuentas, levemente algún suceso, suele notar presagios y te los explica. Me ha hecho dudar, incluso de mi propia madre. Ojalá tenga razón. Tiene carita de niña ingenua, pero vale mucho más de lo que aparenta.

—No te preocupes, ya haréis las paces. Me gustaría

conocer a tu amiga. Me ha dejado intrigada eso que dices. Quisiera preguntarle algunas cosillas personales.

—Desde luego. Te la presentaré en cuanto pueda.

—He oído que la escuela “El Barrizal” está muy mejorada ¡Qué lástima! Si lo hubiera sabido no estaría estudiando en Lamokia ¿No opinas igual?

—Desde luego. Nos coge más cerca de nuestras casas. Lo malo es que cuesta dinero.

—Es posible que no cueste tanto. Todo es cuestión de informarse. Bueno, yo, no. A mí, ya me queda poco para acabar el curso. Pero es posible que cuando termine, me apunte a otra escuela más especializada.

Tras un par de horas volando juntas, Salamba exclamó:

—Yo tiro para ese lado. Ya nos veremos, Mercu. Te avisaré si me animo a montar el mercadillo. Hasta pronto.

—Adiós, Salamba. Feliz Navidad.

Cuando Mercurita llegó a casa de su abuela, su madre le abrió la puerta y la abrazó.

—¡Hola, Sania! ¡Qué alegría! ¡Pasa!

—Hola, mamá ¿Cómo estáis?

Línan, la madre de Mercurita, dijo con tristeza que la abuela estaba muy mal. Se encontraba enferma; llevaba tres semanas con la memoria perdida, y no se acordaba de nadie. La pequeña hada puso cara triste. Le entregó una bolsa de dinero a su madre, que aceptó, gustosa.

—Muchas gracias, hija. Ven a tomar un poco de leche y pan con aceite.

Mercurita se sentó en el taburete. Desde la pequeña cocina se podía ver a la abuela, tumbada en la cama. Línan estaba mejor enterada de lo que ella creía, acerca de sus logros.

—El barón nos envió una bolsa de dinero y sus felicitaciones por tener a una niña tan voluntariosa. Creo que deberías cambiar de escuela y continuar tus estudios en El Barrizal.

—Ya lo pensé, pero me costaría mucho trabajo y dinero. Además, me he acostumbrado al ritmo de El Roble Dorado.

Apenas llevaba poco más de una hora con su madre,

cuando de pronto, la abuela se despertó. Al ver a su nieta, se puso a gritar, descontroladamente.

—Hija, creo que será mejor que salgas a dar una vuelta. Vuelve dentro de un par de horas, a ver si consigo que se duerma de nuevo. Procura venir antes de que oscurezca.

—Sí, es lo más prudente.

Mercurita aprovechó para visitar al párroco, Arselo, y ver cómo le iba. Este se alegró mucho de verla, y le contó una reciente mala noticia.

—No hace mucho, el alguacil arrestó a un siniestro individuo que decía cosas malas de ti en las tabernas. A golpe de látigo, logró hacerle hablar. Lo mandaba la reina de Lamokia.

—¡Menuda hija de perra! ¿Qué decía de mí, ese hombre?

—Decía cosas terribles. Que eres una bruja, que tu abuela está enferma porque le lanzaste un hechizo, etcétera.

Mercurita estaba muy sorprendida. No pensó que la reina se ofendería tanto con ella por lo sucedido en la colonia, el verano anterior. No solo quería expulsarla de la escuela, sino que además pretendía darle mala fama en la región que la vio nacer.

—¿Lo sabe el burgomaestre?

—Sí; el barón Amaxo y el conde de Varana, también. Ambos mandaron una carta, protestando. La reina Denka III dijo que lo sentía mucho, pero que ella no tenía nada que ver con las acciones de ese hombre. Esa noticia me la contó un soldado. Sospecha que la reina está mintiendo. Hay fuertes rumores de que te odia. Ve con cuidado, hija mía.

Pasadas un par de horas, la hadita regresó. Fueron unas navidades algo incómodas para ella. Estuvo todo el tiempo pendiente del sueño de su abuela para poder estar con su madre. Afortunadamente pudo dormir en una habitación que se encontraba fuera de su vista.

—¿Sabes, mami? Estoy haciendo muy buenas amigas.

—Me alegro mucho, Sania. Los amigos son muy útiles en la vida. Desdichado de aquel que no los tiene.

—Sí, pero por culpa de mi mal genio, esa gran amiga de la que te hablé en mis cartas; Poly, se lleva mal conmigo.

Línan abrazó a su hija:

—No te preocupes, Sania. Lo sucedido fue una rabieta de poca importancia. Pronto haréis las paces.

—Ojalá, mami.

Súbitamente, la abuela se puso a gritar.

—Es un poco tarde. Anda, acuestate. Si necesitas ir al servicio, hazlo sin hacer ruido, para no despertarla.

Mercurita se tumbó. Cuando la alocada Amara dejó de lanzar gritos, cerró los ojos y prestó atención al ruido ambiental. Le encantaba escuchar de nuevo esos sonidos. Los grillos, el ruido de los carros circulando, la animada conversación de las mujeres en la calle, el vendedor que pregona en voz alta su mercancía...

Al día siguiente, Línan pidió a su hija que la acompañara con la carretilla para ir de compras y recoger una vieja mesa.

—¿Y la abuela? ¿Se va a quedar sola?

—No te preocupes. Ahora se lo digo a la vecina para que la cuide durante el tiempo que vayamos a salir.

Hacía humedad por las calles. A Mercurita le gustaba el ambiente festivo de la Navidad. Los árboles y algunas casas tenían adornos de vivos colores. Entonces, se fijó en una puerta, que tenía puesto el cartel “Se vende”.

—¡Mamá. Esa es la casa de los padres de Florenia! ¿Se han ido a vivir a otra parte?

—Se separaron, hace unos meses. El marido perdió la paciencia con su alocada mujer y rompieron el matrimonio. Varias semanas después, vino Florenia a por su hermana, Melitta, para llevarla a la escuela de hadas de El Barrizal. Dijo Línan con tristeza.

—¡Qué lástima! Pero era de esperar. Esa mujer no estaba buena de la cabeza. Tenía manía persecutoria y era repelente. Aunque admito que si no fuera por sus manías, no habría encontrado mi vocación de hada.

Línan abrazó a su hija.

—Así es, Sania. Era una de las pocas cosas buenas que tenía la señora Gefia. Se rumorea que la gota que colmó el vaso de la enorme paciencia de su marido, fue el exagerado reproche

que le hizo por entrar en la casa con los zapatos, algo sucios por el barro. Su esposo, Medro Harden, cerró la puerta con brusquedad y se puso a discutir tan apasionadamente, que asustó a su mujer, no acostumbrada a verlo así. Pero no llegó a agredirla. Al oír los gritos vino la Guardia de la Ciudad, que puso orden. Al enterarse de la noticia de la disputa, su hermano le aconsejó que la dejara y fuera a vivirse con él. Eso hizo Medro. Gefia se fue con su madre. Ahora la casa está sola, en espera de ser vendida. Si tuviera suficiente dinero, me habría gustado comprarla.

—¡Qué historia tan triste, mami! Lo siento por Florenia y por Melitta ¿Quién se hará cargo de ellas?

—El caso está en espera de juicio, pero todo apunta a que será el padre. Abundan los rumores de que Gefia ha decidido desentenderse de todo, y quiere empezar una nueva vida desde cero, sin su marido y sin sus hijas. Medro hizo el intento de reconciliarse, pero todo parece indicar que ha sido en vano.

—Conociendo a esa mujer, ese hombre era casi un santo. Entiendo que Gefia no quiera saber nada de él, pero ¿Tampoco de sus hijas? ¡Con lo pendiente que estaba de Florenia!

—Cosas de la vida, Sania. Al parecer, le dijo al marido, antes de marcharse: “Ahora te las arreglas, como puedas, con tus problemas y tus hijas”. Me pregunto si podrá hacerlo.

—¡Podrá! ¡Claro, que sí! Medro parece un hombre tranquilo, pero vale más de lo que aparenta. Dijo la hadita.

—La última vez que lo ví, me preguntó si me interesaba comprar su casa. Pero no puedo permitírmelo, pese al gran descuento que quiso hacernos a tu abuela y a mí. Podría optar por vender nuestra casita de campo, pero me da mucha pena.

—Yo, por desgracia, no puedo hacer tanto dinero mágico para eso. Perdería mis poderes. De lo contrario, te lo habría dado. No vendas aún la casita. Tengo un plan para ella.

Durante las vacaciones, Mercurita estuvo ayudando a su madre, limpiando la casa, y sobre todo, la azotea. Estaba llena de moho. Agotada, se sentó, y se puso a mirar al cielo. Entonces, vio un brillo entre las nubes ¿Qué podría ser aquello? Vio que eran dos mujeres. Pensó que eran hadas que llegaban de

las vacaciones. Al verlas de cerca pudo ver que tendrían entre veinte y veinticinco años. Movi6 se enguantada mano para saludarlas. Pero ellas la miraron con cara de asco y se fueron. Si la vista no la habfa enga6ado, vestfan de color marr6n y tenfan sombra de ojos de color negro. Por lo tanto no eran de su escuela, ni de El Barrizal. Tal vez fueran brujas mercenarias. A Mercurita le causaron muy mala impresi6n.

—Sania 6Bajas a comer? Dijo la voz de su madre.

—Ahora bajo, mami. Dijo la sorprendida hadita.

Capítulo 4: Las clases de lectura

A su regreso a la escuela, Mercurita ya estaba de mejor humor. Nada m6s ver a Poly, se puso a bromear con ella.

—Hola, “compi”. Las vacaciones te han sentado bien 6Eh? Te veo m6s gordita. Dijo, mientras le daba palmaditas en la barriga. Esta puso mala cara.

—6Ya empiezas con las tonterfas? 6D6jame en paz, patosa!

—6Eh, que rencorosa eres! 6Todavfa te dura el enfado?

—6T6, qu6 crees? 6Acaso piensas que voy a olvidarme de ese asunto cuando a ti te d6 la gana?

Mercurita decidi6 cambiar de actitud, y le dijo con frialdad:

—En realidad venfa a decirte que una amiga te quiere conocer. Le he hablado de tu intuici6n y quiere consultar contigo un par de cosas personales.

—Vale, ll6vame con ella. Dijo la rubita en el mismo tono.

Para entrar en el patio de las mayores pidieron permiso a Fando, que las dej6 pasar sin perderlas de vista. Cuando encontraron a Salamba, Mercurita exclam6:

—Hola. Esta es Poly. Creo que tambi6n le gustarfa ir con nosotras al mercadillo 6Je, je, je!

—De acuerdo, ya os avisaremos. Dijo Salamba.

La respuesta puso de mal humor a Poly. Esta tenfa mucho aprecio a Mercurita, aunque lo disimulaba por el enfado.

—Dile la verdad, por favor. S6 que est6s mintiendo.

Salamba baj6 la cabeza.

—Lo siento, pero no cuento contigo para ir al mercadillo.

—¿Por qué? Dijo Mercurita con asombro.

La avergonzada adolescente no dijo nada. La respuesta se la dio la propia Poly.

—Noto muy malas influencias por aquí. Alguien ha puesto en tu contra a las alumnas mayores. Imagínate quién.

—¿La directora?

—No. Esa está indecisa aún. Es alguien más influyente. La más influyente de toda Lamokia,

—¡La reina!

—¡Exacto! Si el bueno de Fando no estuviera pendiente de nosotras, muchas de las alumnas que ves aquí, estarían buscándote las cosquillas para que fueras tan tonta de replicarles y conseguir tu expulsión. Como ocurre en todos los conflictos; unas te aprecian, otras no, y otras dudan. Si no quieres que te expulsen, no aparezcas más por aquí, sin llamar a Fando.

—Entiendo. Será mejor, que me vaya.

—No es culpa mía, Mercu. Yo sí te aprecio. Pero la reina ha prohibido a las mayores ser tus amigas o hacer tratos contigo. Poly, quiero hablarte en privado, si no te importa. Dijo Salamba.

Mercurita se fijó en la forma de mirarla de las mayores. Algunas, parecían aves de presa, dispuestas a atacarla. Otras la miraban con compasión. A todas ellas, Fando las controlaba con la vista. Mercurita se acercó a él, mientras esperaba a su amiga. Este le dio unas palmaditas en el hombro. Poly tardaba mucho. Cuando salió, pudo ver que Salamba tenía la cara llena de lágrimas.

—¿Qué pasó? Dijo Fando.

—Cosas privadas de Salamba. No confía en su padre...y hace bien. Dijo la rubita, en voz baja.

No sabiendo qué hacer, la traviesa hada fue a consultar con Mildred, la bibliotecaria. Esta, al igual que Fando, se negaba a tratarla mal. Incluso fue más lejos, contándole sus impresiones.

—Las hadas somos independientes, y aunque leales a nuestros reinos de origen y residencia, además de al Consejo Mágico, no tenemos por qué obedecer a otra autoridad superior que no sea a Dios. Sin embargo, no faltan las ineptas que se

creen que obedeciendo a la reina conseguirán ser mejores ¡Qué estúpidas! ¿Dónde tienen sus corazones de hadas?

—Ya, claro. Como por ejemplo, la directora.

—Ella ha recibido una orden directa de la reina que le exige tu expulsión. Pero su respeto por la honestidad le impide hacerlo. La apremia, una y otra vez, pero Casia le responde que necesita una buena razón, que por suerte no encuentra. Ante esa respuesta, la presiona con más órdenes y dinero.

—¡Oh, eso es terrible! ¡Acabará cediendo! ¿Qué puedo hacer? Preguntó la desmoralizada niña.

—Olvídate de ella. Si te expulsara, puedes ir a El Barrizal. Allí serás bienvenida.

—Sí, pero...¿Y si de la sartén me meto en el fuego? El barón podría hacer lo mismo que la reina, por haberme ido a esta escuela a estudiar, en vez de ir a la de mi región.

—No lo creo. El barón Amaxo es un hombre de honor. No tiene tanta maldad como Denka. Además, no es tan apasionado de la magia como ella ¿Sabes? En su palacio la llaman “La Reina Momia”. Tiene su largo pelo, blanco, como la nieve. Su piel es de color clara. Es vieja, aunque usa mucho maquillaje para ocultar su edad. Es un hada, pero hace tiempo que perdió sus poderes. Cuando tiene que hacer magia por algún motivo, usa una varita de viajero. Se rumorea que es una pariente lejana de la directora. Pero se llevan más mal que bien, ya que ambas usan la magia para fines distintos.

Al ver preocupada a Mercurita, la bibliotecaria la llevó a una habitación. Puso tres monedas encima de la mesa y exclamó:

—Ahora, déjame adivinar lo que el oráculo dice de ti. Coge las monedas, muévelas, y déjalas caer seis veces.

El hada hizo lo que Mildred le pidió. Esta, tras comprobar las tiradas, se asombró al ver el resultado.

—¡Anda, mira! Dice lo siguiente “Desdichados serán tus enemigos, porque si tuvieran la lejana fortuna de derrotarte, su victoria les será tan cara, como si hubieran sido vencidos”.

Eso animó a Mercurita.

—¡Es cierto! Si no, que le pregunten a Toria ¡Je, je, je!

Mientras ella hablaba con Mildred, Poly hacía lo mismo con la directora. Esta no le hacía mucho caso, y añadía que era muy probable que Mercurita fuera expulsada, tarde o temprano. Poly la puso en una situación muy incómoda.

—Usted sabe que las cosas no son así. Me está diciendo con toda claridad que no es nadie en esta escuela ¿Por qué no dimite y nombra a Herdo su sustituto?

La directora quedó asombrada. No esperaba tanta soltura de una alumna nueva con aspecto angelical.

—¡Tu desfachatez es aún peor que la de tu amiga!

—Mi amiga es enérgica, pero ingenua. Yo soy mucho más previsor. Por eso vengo a dar la cara por ella.

—Oye...déjame tranquila. Tengo cosas muy importantes que atender. Adiós.

—Usted lo que quiere es desentenderse del asunto ¿En serio se considera la directora de éste centro?

—¡No vuelvas a hablarme así! ¡Ahora, lárgate!

La rubita no dijo nada, pero como si obedeciera a una voz interna, abrió el cajón del despacho, y ante el asombro de Casia, cogió un elegante pergamino.

—Si hace esto, tendrá contenta a una reina, pero perderá sus poderes, su prestigio y su futuro. Se lo enseñaré a mi amiga. Tiene derecho a saber lo que quieren hacer con ella.

—¡Devuélvemelo, ahora mismo!

Poly salió corriendo del despacho con el pergamino en la mano. En su carrera tropezó con Fando.

—¿Qué pasa aquí? Tú ya empiezas a portarte como tu amiga ¿Qué es lo que tienes en la mano? Dámelo. Voy a curiosear un poco. Dijo, arrebatándole a Poly el documento.

Cuando Fando lo leyó, miró con mala cara a la directora, que venía detrás de la rubita, junto a otros profesores.

—Esto es...de vergüenza.

Luego lo entregó a la ruborizada Casia, que no se atrevió a decir una sola palabra. El pergamino decía lo siguiente:

“Querida Casia: Deberá hacer entrega de diez mil kaliks a la alumna de 8º curso, llamada “Iwan Tairo”, cuyas facultades mágicas y energía ha puesto a mi servicio para conseguir la

expulsión de la ingrata hada que se hace llamar “Mercurita”. Reciba veinte mil kaliks, y no dude en pedirme otros veinte mil para usted, y diez mil para Iwan cuando la escuela se haya librado de la molesta presencia de esa niña.

Atte. la reina Denka III”.

Poly informó a su amiga. Esta le dio las gracias, pero la orgullosa rubia exclamó:

—No me las des. Todo esto que has oído, no te lo he dicho a ti, sino al viento. Yo no te conozco.

—Pero bueno ¿Cuánto tiempo seguirás guardándome ese absurdo rencor?

—Depende de ti. Y no es rencor, es sentido común. Cuando yo quise reconciliarme contigo, me trataste de la misma manera. Ahora te aguantas.

Su compañera no respondió. De todas formas no habría podido hacerlo. Jantia estaba sacando a leer a toda la clase. Era su turno.

Mercurita leía bien. Su tutora la felicitó por ello. Al llegar el turno de Poly, sucedió todo lo contrario. Aunque ya había mejorado mucho el tono de la voz, su manera de leer seguía siendo pésima. Jantia no se privó de insultarla. Mercurita fingía reírse para hacerla rabiar. Era su forma de darle a entender que debían estar unidas.

—Huy, burrita, qué mal te veo. “La profe” va a enfadarse contigo ¡Je, je, je!

La enfadada Poly aguantó con mala cara, pero con paciencia, sus burlas. Cuando faltaban cinco minutos para salir, Jantia habló a la clase. Estaba realmente seria.

—No veo que hayáis mejorado mucho desde la última vez. Leéis muy mal. Se nota que en esta Navidad os han regalado muchos juguetes pero pocos libros. Hay tres alumnas, cuyos nombres voy a mencionar, que me acompañarán por las tardes durante una hora diaria, en la vieja biblioteca. Allí aprenderán a leer con soltura. Asistirán a dichas clases, hasta final de curso.

Mercurita dio una burlona palmadita en la espalda a su compañera. La compadecía. Tenía muy claro que sería una de las elegidas para las clases de lectura.

—Así que...Polikarpia Enkaro, Anastasia Deiko y Cleofastra Demar, empezarán desde esta misma tarde a leer. Durante esta semana os dejaré escoger los libros. Luego, los escogeré yo. Cogedlos ahora. Al salir, bajadlos a la vieja biblioteca, para que no tengáis que subir luego.

Mercurita se tapó la cara para aguantar la risa. En verdad no le gustaba a Poly leer con Jantia, y menos aún, por la tarde. Su cara de disgusto era muy evidente.

Cleofastra “Cleo” protestó, pero la profesora no dio su brazo a torcer, y le dijo con brusquedad:

—¡No quiero excusas! Si leyeras bien, no tendrías que venir.

Cuando la rubita puso encima de la mesa el libro escogido, su compañera se burló de ella.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué bien te lo vas a pasar, burrita!

Poly volvió la cara con ira, para decirle algo. De pronto, se quedó inmóvil, como si estuviera recibiendo algún mensaje. Mercurita volvió a burlarse.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Has recibido alguna inspiración divina? ¡Je, je, je!

—Sí, eso es. Dijo, sonriéndole. Entonces se levantó y cogió otro libro. Sin abandonar su sonrisa, se volvió a sentar de nuevo. Mercurita se inquietó un poco.

—¡Eh! ¿Otro libro? Anda, si es mi libro de cuentos favorito. Ni se te ocurra ensuciarlo.

—Descuida. Dijo la sonriente Poly.

La propia Jantia también se asombró de su decisión.

—¿Vas a llevar dos libros, o es que lo cambias por otro?

—Me llevo los dos.

—¡Ah, vale! Dijo la extrañada profesora.

Al terminar de comer, Mercurita se sentó en la hierba del cercano bosque que había en la escuela. Tenía tantas cosas en las que pensar, que no sabía por cual meditar primero. Como tenía sueño, decidió desentenderse, y se quedó dormida. Media hora después, la despertaron las voces de protesta de sus compañeras, que se hallaban cerca.

“¡Eh, si son las tres burritas! Ahí está Poly, con su carita de

niña buena, la rubia Cleo de ojos saltones y labios gruesos, además de Anasti con sus rojas colitas. Es agobiante tener que leer por las tardes, pero a ellas les hace falta. Voy a darles la bienvenida a las clases, y de camino haré rabiar a esa tonta de “mi amiga” Poly, que le tengo ganas ¡Je, je, je!”

A grito pelado, se puso la traviesa hada a insultar a sus tres compañeras. Era una imprudencia, pero creyó que se la podía permitir. Pensaba que la mayoría de los profesores estarían a esas horas, unos dando clases a las alumnas mayores, y otros, fuera de la escuela, en sus casas.

—¡Burritas! ¡Eh, burritas, venid aquí!

Cleo y Anasti se pusieron de mal humor. Poly guardó silencio, pero a la traviesa hada le dio la impresión de que se estaba aguantando el enfado.

—¿Estáis sordas? Bueno, no importa. Ya voy yo para allá.

Trotando, alegremente, el hada se dirigió al encuentro de las tres niñas.

—¿Qué pasa, burritas? Hoy es el primer día en vuestras clases de rebuzno por la tarde ¿Verdad? ¿Queréis que os enseñe yo a rebuznar? Es muy fácil. Cantando sale mejor.

Al mismo tiempo que trotaba y les obstaculizaba el paso, se puso a cantar.

—¡Ji ja, ji ja, ji ja! ¡Somos tres burritas que queremos rebuznar! ¡Ji ja, ji ja, ji ja!

—Oye ¿Por qué no te callas de una vez, y nos dejas en paz? Vamos a llegar tarde por tu culpa. Dijo la irritada Cleo.

—No te enfades conmigo, “Ojos Saltones”. Hay tiempo de sobra ¡Je, je, je!

Anasti dijo en voz baja a Poly:

—Madre mía. Solo nos faltaba la pesada ésta

Mercurita seguía a lo suyo.

—A ver, repetid conmigo la canción del burrito. Ji ja, ji ja, ji ja. Somos tres burritas, que queremos rebuznar.

Entonces se acercó a Poly, y le dio una palmadita en la cara.

—¿Tú no rebuznas? En clase lo haces muy bien.

Poly no dijo nada. Al ver que Anasti y Cleo sonreían, la

travesa alumna se asustó y miró hacia atrás. Ahí estaba Fando, muy serio, aguardando a que dejara de hacer tonterías.

—Ya decía yo, que últimamente estabas muy tranquila ¿Te parece bonito burlarte de tus compañeras?

—¡Eh! Yo no me burlo de nadie. Estoy jugando. Pero como tú eres tan derrotista, todo te parece mal.

—¿Derrotista yo? Anda, acompáñanos.

Cuando Jantia vio a Mercurita, se quedó muy sorprendida. Fando le explicó lo que quería hacer.

—Buenas tardes, Jantia. Aquí te traigo a otra alumna.

—¿Mercurita? Pero si ya sabe leer. Es de las que mejor leen.

—Sí, pero por las tardes se aburre y se dedica a hacer travesuras. Para quitarle esa fea costumbre y evitar su expulsión, es mejor que haga algo útil y lea también. Aprovechando que la he visto burlándose de sus compañeras, creo que es mejor que esté aquí, y de camino se hagan amigas. Si no te importa, claro está.

—¿Importarme? ¡Nada de eso! No me importa en absoluto. Anda, siéntate.

Mercurita tomó asiento de mala gana, mientras Jantia seguía hablando con el administrador.

—Toma, tu libro de cuentos favorito. Sigo enfadada contigo, aunque te tengo un poco de aprecio. Dijo Poly con burla.

—¡Pero, bueno! Tú sabías que Fando me iba a castigar.

—Por supuesto. Lo presentí, y por eso cogí el libro ¡Ji, ji, ji!

—Y si me lo hubieras advertido ¿No me habría castigado?

—Desde luego que no. Te habrías quedado haciendo otra cosa, en vez de darnos la lata con tu “canción del burrito”.

La alumna reprochó a Poly su actitud.

—Aunque sigas enfadada conmigo, debiste avisarme. No esperaba ese feo detalle de ti. No somos amigas, vale. Pero somos compañeras y debemos apoyarnos, unas a otras. No me parece justa tu actitud rencorosa.

—No te confundas, Mercu. Lo hice por tu bien. Ya has oído

a Fando. Ahora eres una burrita más. Bienvenida al club.

La rabiosa Mercurita dio un golpe en la mesa, mientras sus tres compañeras echaban a reír.

Capítulo 5: Admiradores secretos

Al principio le costó mucho esfuerzo ir a las clases de lectura, pero se acostumbró. También se hizo amiga de Cleo y Anasti, aunque la amistad con Poly no terminaba de enderezarse. Aún se llevaban mal. Por otra parte, la impaciente reina escribió una carta a la directora, preguntando por qué no se había expulsado todavía a la traviesa alumna. No usaban la bola de cristal para comunicarse porque no se entendían bien, debido a las frecuentes interferencias causadas por la energía mágica de más de trescientos jóvenes alumnos y alumnas. Hubiera sido necesario alejarse de la escuela, al menos quince kilómetros, para tener una comunicación normal. Pero sería una considerable pérdida de tiempo que la ocupada Casia no estaba dispuesta a gastar ¿O tal vez la directora estaba perdiendo facultades mágicas por culpa de los sobornos que le enviaba Denka?

La reina escribió a Fando, pidiéndole que colaborara en la expulsión de Mercurita. Con el portero, Herdo, hizo lo mismo. No lo conocía, pero pensó que podría ser de gran ayuda.

La indecisa directora le explicó que no era el momento adecuado, ya que había hecho nuevas amigas, se portaba bien, y no estaba interesada en molestar a las mayores. También dijo que la sugerencia de expulsión de la alumna, la tomó como un enfado pasajero. La irritada reina le escribió de nuevo, reiterándole sus intenciones. No perdonaba a Mercurita lo que consideraba como un grave deshonor, tanto a la nobleza como a la escuela y a su reino.

Herdo no se tomó en serio la carta. No era la primera vez que alguien le mandaba cartas de amor o insultándolo. La que le envió la reina le pareció una burla más, pese a su elegante apariencia. Pensó en la traviesa hada como su autora.

Fando se sintió ofendido con semejante propuesta. El deseaba lo mejor para su alumnado, y esa obsesión con Mercurita no le gustaba. Por ello, educadamente, le respondió que no contara con su colaboración, ya que su honor de caballero le impedía hacerse cargo de misiones como la que le pedía.

La reina decidió olvidarse de Fando, y escribió a la adolescente, Iwan Tairo, para que actuara cuanto antes. Iwan confirmaba que Mercurita ya no tenía interés en ir al patio de las mayores. Cuando tenía que hablar con Salamba o cualquier otra, esperaba a que fuera fin de semana para verla en la calle. Denka le pidió que tomara la iniciativa y fuera en busca de su rival. Su culpabilidad no tenía importancia. Contaba con la directora para amañar la disputa de manera que Mercurita fuera la patosa.

No muy conforme con esa explicación, Iwan dijo que lo haría en cuanto pudiera.

Mercurita presentó a la pequeña Héhora y sus amiguitas a las compañeras de las clases de lectura, Cleo y Anasti. De repente, una bola de papel, le da en la cabeza.

Cuando mira al autor del bolazo, ve que es Herdo, el portero. Está muy serio.

—Estas bromas se las gastas a tu madre. Ya te estás poniendo muy pesada. A la próxima, te doy dos guantazos.

A continuación, da la vuelta y se marcha sin escuchar a la ofendida Mercurita, que se levanta para pedirle una explicación. Pero Poly la detiene mientras echa un vistazo al arrugado pergamino.

—Espera, vamos a ver qué es esto ¡Eh! Es una carta de la reina, pidiendo al portero que colabore en tu expulsión.

—Será una broma ¿No? Dijo Cleo.

—No. Es en serio. Es el mismo tipo de pergamino que tenía el que vi en el despacho de la directora. El sello es el mismo. No tengo ninguna duda.

—O sea, que este hombre ha tenido el gran honor de recibir una carta de la reina y se ha creído que es una broma de Mercurita ¡Ja, ja, ja! Dijo Anasti.

La traviesa alumna echó un vistazo. En efecto, parecía que

la pelirroja tenía razón.

—Humm. Se me está ocurriendo una idea. Dijo el hada, sonriendo, malévolamente.

Por la tarde, Jantia dijo a las cuatro alumnas, que ya llevaban dos semanas leyendo cuentos para niños, y eso era más tiempo del que estaba previsto. Había que variar. Entonces, puso encima de la mesa otra clase de libros. Eran de ciencia ficción y de terror.

—¡Anda, qué interesantes! Dijo Mercurita.

Sin embargo, no se fijó en las asustadas caras de sus compañeras. Ellas no compartían su misma opinión.

Algo también extraño sucedió en la escuela, poco tiempo después. Herdo recibió costosos regalos de algún admirador desconocido. Una lujosa cama de matrimonio para él solo, un gran barril de vino de buena calidad, unos zapatos nuevos de trabajo, y un uniforme de una sola pieza de color rosa fuerte.

“Este mono rosa no me gusta, pero lo demás, sí. Bueno, no me voy a quejar por eso. No se puede acertar en todo”. Pensó el agradecido Herdo de su admirador.

En realidad era una “admiradora”. Fue la reina la que le mandó los regalos. Denka Jerán había recibido una extraña carta escrita, supuestamente, por Herdo, que solicitaba todo eso en lugar de dinero, como recompensa por su futura colaboración a la expulsión de Mercurita. De ella decía que era una vampira que le gustaba chupar sangre, y dormía boca abajo, colgada de un candelabro. Añadió que sería un gran honor para él, colaborar en la expulsión de tan peligrosa niña.

Esa carta la había escrito Mercurita, ayudada por sus amigas, sobre todo por Cleo, que entendía de modales cortesanos, y la ayudó a redactarla. Cuando vieron llegar los carros con los regalos para el portero, se echaron a reír. Las alumnas mayores no tardaron en enterarse, y la popularidad de las haditas aumentó, considerablemente.

—La próxima vez, pídele una escoba nueva. La que tiene, apesta. Dijo la delicada Cleo.

—Lo haré, pero me temo que no va a servir de nada. El año pasado se la rompí, sin querer, y aunque Fando le dio dinero

para comprar otra, ahí la tienes de nuevo. Está remendada, pero es la misma de siempre.

La reina volvió a recibir otra carta. “Herdo” le agradecía los obsequios, y añadía varias peticiones más.

“Gracias por los regalos, majestad. Pero ¿Sería posible añadir el envío de cuatro escobas, un par de sombreros de paja, una capa roja y una boina negra de gran anchura? Vestido de esa manera podré impresionar mejor a esa niña vampira, y defenderme a escobazos cuando me ataque, desde el aire, para chuparme la sangre”.

Denka accedió. Pero el tono de la carta no le gustaba. Tenía un incómodo tono de burla, como la anterior. Por ese motivo mandó otra, preguntando a Iwan si era posible que Herdo pidiera esas cosas tan extrañas y con esos modales.

Esta respondió que el portero era muy indisciplinado, y se decía que estaba loco, por lo que no sería nada extraño. Sin embargo, no creía posible que estuviera interesado en ayudarla. A Herdo solo le interesaban sus propios asuntos.

Cuando llegó el segundo envío para este, ya todos sabían en la escuela (excepto el propio Herdo, y casi todos los profesores), que Mercurita le estaba tomando el pelo a la reina. De hecho, cuando las alumnas vieron a los transportistas trasladar los objetos a la caseta del portero, les entró un ataque de risa. Mercurita las había avisado. Al ver a las hadas riéndose, los transportistas pensaron que se estaban burlando de ellos.

Iwan se lo dijo a la reina en su carta. Al leerla, Denka montó en cólera, al saber que Mercurita se estaba mofando de ella. Exigió a la alumna que actuara lo más pronto posible. También envió una carta a la directora, avisándola de sus planes para que estuviera preparada para alterar los acontecimientos, si fuera necesario.

Iwan no estaba sola. Sus dos amigas, Malka y Tedina, la secundaban. Esta última sentía aprecio por Mercurita y no le gustaba lo que querían hacer. Solo su amistad con Iwan hacía que la secundara, pero muy a su pesar.

Fando ya se había fijado en la actitud sospechosa de las tres alumnas, y les había advertido de las consecuencias si

provocaban a la hadita. Iwan, confiando en la protección de Denka, no le hizo mucho caso; al contrario que la asustada Tedina, que se echaba atrás.

—Piensa en el dinero y los privilegios que nos va a dar la reina por lavar su honor. Le dijo Iwan.

Tras cruzar la puerta, pasaron al patio de las alumnas de tercero y cuarto curso. Encontraron a Mercurita, enseñando a hacer estrellitas de colores a Héborá y a sus compañeras de primero. Poly estaba con ellas.

—Oye, esto no me gusta. Hay niñas pequeñas. Dijo Tedina.

—¡Admiras tanto a esa gamberra, que solo ves dificultades! ¡Concéntrate en nuestra misión!

A Poly le bastó un simple vistazo para adivinar las malas intenciones de las adolescentes.

—Mercuri, date la vuelta. Estas tres quieren pelea.

—¿Y voy a darles la espalda? Estás loca.

—¡Hazme caso, y no seas más tonta! Héborá, súbete en la espalda de Mercurita.

Iwan se puso a pensar. Necesitaba una excusa para provocar su ira.

—¡Bruja loitina, ven aquí! Deja de usar a las niñas como escudos humanos y acércate. Tenemos que hablar.

Poly les habló a las demás niñas:

—Sujetadla para que no se mueva. ¡Que no se meta en la pelea, pase lo que pase! Vosotras dos, id a por mis amigas.

Fin de los primeros capítulos

